

## **DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

**1ª lectura** (Proverbios, 8, 22-31): *Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo.*

**Salmo** (8, 4-9): *«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»*

**2ª lectura** (Romanos, 5, 1-5): *Estamos en paz con Dios.*

**Evangelio** (Juan 16, 12-15): *El Espíritu os guiará hasta la verdad.*

El domingo pasado, con la fiesta de Pentecostés, concluimos el tiempo pascual y regresamos al tiempo ordinario de la Iglesia; sin embargo, la liturgia nos sorprende hoy con esta fiesta, la Santísima Trinidad: **Padre**, el Amor que engendra (el que habla); **Hijo**, el Amor engendrado (su Palabra); **Espíritu Santo**, el Amor unitivo (su Hálito divino). La teología y la predicación balbuceaban ante el misterio de Dios. Dios es siempre más grande que cualquier cosa que podamos decir de Él. Dios se hizo carne en Jesús, su Hijo y dejó ver la gloria divina a los discípulos. A ellos los llenó de su Espíritu y aunque sin haber siquiera intentado dar nombre a este Misterio que se les revelaba, hablaron con fe acerca del Hijo de Dios y de su Espíritu Santo, como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles.

No sé exactamente a qué se refería Jesús cuando dijo, en su despedida, a sus discípulos: *«Aún tengo muchas cosas que decirles, pero todavía no las pueden comprender»* (Jn 16,12). Sin duda, veía la escasa preparación de aquellos hombres sencillos que constituían sus discípulos. También para nosotros es difícil entender. Jesús podría hablarnos más de Dios, su Padre, *pero no lo podemos comprender*. Podría decirnos más de la vida que nos aguarda junto a Él, *pero no lo podemos comprender*. Podría intentar que vislumbráramos mejor lo que es la eternidad, *pero no lo podemos comprender*. Quizás algo más podría decir de su santo Espíritu, *pero no lo podemos comprender*.

Pero es con ese don de su Espíritu y bajo su guía como hemos podido dar algunos pequeños pasos hacia la verdad plena. Y, al menos, algo de esa verdad es lo que hemos ido comprendiendo de lo que Él nos ha venido comunicando, y no al margen de Jesús, sino en Él y con Él: *«Todo lo que tiene el Padre es también mío, por eso os he dicho que “todo lo que el Espíritu os dé a conocer, lo recibirá de mí»* (Jn 16,15).

Estas estrechas relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu nos pueden evocar (con las debidas reservas) la imagen de una familia humana. En una verdadera familia los lazos son estrechísimos y están basados en el amor. La Trinidad es también un misterio de amor. Por amor Dios Padre creó el mundo, la naturaleza y el hombre. Por amor, Dios redimió a la humanidad a través de su Hijo Jesucristo. Por amor, Dios continúa asistiéndonos con la fuerza de su Espíritu Santo. A lo mejor, lo realmente importante no es explicar tanto la Trinidad, sino intentar vivir cómo ella, siempre desde el amor.

El evangelio de hoy forma parte de un discurso más amplio pronunciado después de la Última Cena (Jn 16,1-15), en el que Jesús instruye a los suyos sobre la necesidad de la venida del Espíritu Santo. En pocos versículos el autor del cuarto evangelio nos presenta y nos pone en estrecha relación a las tres personas de la Trinidad. El evangelista describe con detalle las relaciones estrechas que unen a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu. Desde el texto de hoy aprendemos que la Revelación de Jesús (y por tanto de Dios) no quedará completa hasta que no llegue Él, el Espíritu Santo. Así el Espíritu no se presenta como algo poco importante, sino todo lo contrario, solo gracias a Él llegaremos a la comprensión plena de la verdad.

El Espíritu Santo cumplirá, cuando Jesús no esté, la misión de hacerlo presente. Será como el garante de su memoria para que los hombres nunca olvidemos ni su mensaje ni su persona. Y teniendo a Jesús presente en nuestras vidas, tenemos asegurado el acceso al Padre: *«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»* (Jn 14,9). La relación entre Jesús y el Padre es sumamente estrecha: *«El Padre y yo somos uno»* (Jn 10,30). A Jesús le hemos escuchado igualmente decir en otro momento: *«Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»* (Jn 14,11).

Por eso, el Espíritu solo nos puede transmitir a Dios. Lo que escucha, lo que aprende, lo que oye al lado del Padre y del Hijo, esto es lo que nos ha de comunicar. Esto es lo mismo que Jesús hizo en su ministerio terrestre, Él solo hizo y dijo lo que había oído y visto hacer a Dios Padre: *«Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí»* (Jn 12,50).

En una fiesta como esta, no nos queda sino abrirnos a esa Verdad plena que el Espíritu intenta comunicarnos. No nos queda sino disfrutar del amor que Dios ha infundido en nuestros corazones por medio de su Espíritu Santo, que Él mismo nos ha dado. Creaturas en el tiempo y en el espacio, seres finitos, pero objetos del amor singular de Dios, que nos ama y nos elige y nos adopta como sus hijos: *“estamos en relación con el Padre”*. Buscadores de la verdad, siempre insatisfechos con lo que ya sabemos y siempre en camino para seguir aprendiendo. Ansiosos de encontrar el sentido de nuestra vida y menesterosos del amor que nos pone en comunión: *“estamos en relación con el Hijo que se hizo carne”*. Necesitados de profundidad en la vida, del amor que une, que sana, que reconcilia. Deseosos de vencer nuestro aislamiento, para compartir lo que hemos recibido, impulsados a vencer todas nuestras fronteras: *“estamos en relación con el Espíritu de Dios”*. **¡Gloria a la Santísima Trinidad! Aunque no lo podamos comprender.**